

CAPÍTULO XIII

Continuación de la materia precedente. Circunstancias particulares del martirio de María. Llanto de David por la muerte de Absalón. Fortaleza admirable de María, figurada por la fortaleza de la madre de los Macabeos. Explicación de esta figura.

El martirio de esta majestuosa Reina no es sangriento, como el del Rey; su cruz tampoco es visible; pero ¿deberemos creer por esto que son para Ella menos sensibles y menos dolorosos? Es necesario recordar aquí, dice á propósito del asunto que nos ocupa San Amadeo, que hay dos especies de martirio: uno público y otro privado, uno manifiesto y otro invisible, uno corporal y otro espiritual (1). Los Apóstoles y los mártires sufrieron en su carne; otros han sufrido en su espíritu, y son aquellos que han experimentado en el fondo de su alma cierta cosa más sensible aún que los padecimientos corporales (2). Tal fué el martirio de Abraham mientras se preparaba á inmolar, según la orden que había recibido de Dios, lo que más amaba

(1) Sciendum est duo esse genera martirii: unum in manifesto, aliud in occulto; unum patens, aliud latens; unum in carne, aliud in spiritu. (*S. Amad.*)

(2) Carne sancti Apostoli et Martyres passi sunt: spiritu vero Sancti illi, qui quid passione carnis durius in suis spiritibus passi sunt. (*Ibid.*)

en el mundo: su hijo Isaac (1); y este gran Patriarca, cuando se disponía para dar muerte á un hijo á quien amaba más que á su propia vida, sufrió un martirio mucho más doloroso que cualquier tormento que hubiera podido sufrir en su cuerpo (2).

El martirio de María al pie del santo árbol de la Cruz fué precisamente de este género, es decir, todo espiritual é interior. Ella bebió allí á grandes tragos el cáliz de la amargura; Ella dividió con su Hijo su pasión y su muerte; saciada y embriagada de un torrente de dolores, sufrió unas angustias tales como jamás las ha sufrido nadie, y á las que no puede compararse ninguna otra (3). Los mártires, dice Guillermo, sufrieron y murieron por Jesucristo; María sufre y muere con El. Ella es la única que puede decir que dividió los sufrimientos con su Hijo, que dividió con El su martirio, y que su corazón fué desgarrado por el mismo dolor que El sufrió. Y mientras que los otros mártires fueron bañados con su propia sangre, que era una sangre humana, María fué regada con la sangre de su Hijo, que es una sangre divina (4). Las espadas,

(1) Spiritu passus est Abraham, quando jussus et Isaac filium suum, quem unice deligebat, immolare. (*S. Amad.*)

(2) Vir iste supra carnem passus est, quia filium, quem carne propria plus amabat, offerre non distulit. (*Ibid.*)

(3) Hoc patiendi genere gloriosa triumphans venerandæ cruci dominicæ passionis inhæsit; hausit calicem; bibit passionem; et torrente doloris potata, nulli unquam similem potuit perferre dolorem. (*Ibid.*)

(4) Alii Sancti moriendo pro Christo, hæc commoriendo cum Christo, martyr fuit et commartyr Christi. Illorum corporale,

las hachas y los potros fueron los instrumentos que causaron los tormentos de los mártires; el instrumento que causó los padecimientos de María fué el mismo Jesucristo, cubierto de heridas, clavado en la cruz, insultado y expirando en un océano de oprobios y de dolores (1).

Cuanto más amaban á Jesucristo los mártires, menos sentían el horror de los tormentos, cuyo término debía unirles á Jesucristo y ponerles en posesión de El. El amor divino que llenaba sus corazones les hacía mirar como las delicias de un agradable banquete los tormentos atroces de sus cuerpos, como expresaban San Marcos y San Marcelino (2). María, por el contrario, sufre tanto más al ver sufrir á Jesús, cuanto es mayor su amor; y su martirio es tanto más duro, cuanto que debe terminar para Ella con separarla de la vista y de la compañía de Jesús. El Hijo que padece es el mismo Dios á quien Ella adora, y la grandeza de su amor, lejos de mitigar su dolor, como observa San Bernardo, no hace más que aumentarlo, irritarlo y hacerlo más vivo y más intenso (3). ¿Qué importa que se le perdone á Ella, si ve expirar en medio de atroces tormentos

Mariæ spirituale martyrium. Martyres suo, hoc est humano sanguine, sed Maria Filii, id est, Dei sanguine rubebat. (Guillelm.)

(1) *Instrumentum martyrii ejus fuit ipse Christus. (Guillelm.)*

(2) *Nunquam tam jucunde opulati sumus, cum hæc libenter pro Jesu Christi amore perferimus. (Ibid.)*

(3) *In aliis martyribus multitudo amoris dolorem lenivit; sed beata Virgo quanto plus amavit, tanto plus doluit. (S. Bernardinus.)*

á un Dios que es su Hijo? Ella le ama incomparablemente más que á sí misma. «No puede, por consiguiente, comprenderse, no puede expresarse, dice San Anselmo, el rigor de su martirio, porque Ella fué mucho más dolorosamente martirizada por la muerte de su Hijo que por la muerte que Ella misma hubiera podido sufrir por El (1).»

Esta escrito de David que, habiendo oído la funesta noticia de la muerte de su hijo Absalón, se abandonó á una tristeza profunda, y que, llorando amargamente, hizo resonar por mucho tiempo los salones de su palacio con los acentos de su dolor, no cesando de repetir: «¡Oh hijo mío Absalón! ¡Absalón, hijo mío! ¿Por qué no he muerto yo en tu lugar? ¿Por qué me he librado yo de la muerte mientras tú la recibías? ¡Oh hijo mío Absalón! ¡Absalón, hijo mío! (2).»

Pues bien; si David deseaba morir en lugar de su hijo, de aquel hijo ingrato y rebelde que había atentado contra la corona y contra la vida de su padre, ¿con cuánto más ardor no desearía María recibir la muerte en lugar de su Hijo, de ese Hijo santo, inocente, fiel y lleno de amor, de ese Hijo que tiene al mismo Dios por Padre, y que El mismo es Dios? En el exceso de su justo dolor repetiría Ella, arrebatada por un deseo

(1) *Quale autem illud martyrium fuerit, exprimi non potest adeo tamen durius fuit, ac si ipsa occideretur; quia plus Filium diligebat, quam seipsam. (S. Anselm.)*

(2) *Contristatus itaque rex... et flevit; et sic loquebatur vadens: Fili mi... quis mihi tribuat ut ego moriar pro te, Absalon, fili mi, fili mi Absalon! (II Reg., xviii, 33.)*

mucho más ardiente: «¡Oh Jesús, Hijo mío; Hijo santo, Hijo inocente, divino Jesús mío! Supuesto que se necesitaba una víctima, ¿por qué no me ha sido dado serlo yo? ¿Por qué no he sido yo crucificada en tu lugar? ¿Por qué no te han perdonado á ti, y me han dado á mí la muerte? ¡Oh Hijo mío Jesús! ¡Oh Jesús, mi amado Hijo (1)!»

No deben causarnos sorpresa los pensamientos enfáticos de que se valen los Santos Padres cuando quieren hablar del rigor del martirio de la tierna Madre. San Basilio nos dice, en efecto, que María excedió tanto á todos los mártires en la vehemencia de sus padecimientos, cuanto el sol excede á los demás planetas en la abundancia de su luz (2). San Jerónimo, por lo mismo que el martirio de María fué interior y oculto en el fondo de su dulce alma, dice que Ella debe ser considerada como más que mártir, porque un mártir, como ya hemos dicho, tiene la alegría en su corazón, mientras que su cuerpo está en los tormentos; y María, cuyo cuerpo se libra de los tormentos, tiene el corazón atravesado y desgarrado (3). San Ildefonso sostiene que si se reunieran todos los tormentos que los mártires han sufrido, podría representarse un martirio horrible y espantoso, pero que este martirio no daría

(1) O Jesu fili mi, fili mi Jesu! Quis mihi tribuat ut moriar pro te, Jesu fili mi, fili mi Jesu! (*S. Anselm.*)

(2) Virgo universos martyres excedit tantum, quantum sol reliqua astra. (*S. Basil.*)

(4) Plus quam martyr fuit; nam alii Sancti passi sunt in carne, Maria in anima. (*S. Hieron.*)

ni aun una pequeña idea del de María (1). Finalmente, San Anselmo asegura que no sólo se deben considerar como pequeños, sino que se deben contar por nada todos los padecimientos de los mártires, en comparación de los padecimientos de María (2).

No puede, por consiguiente, imaginarse una cosa más grande que la violencia de los tormentos de que fué víctima el tierno corazón de María... «Mas no, no nos engañamos, dice San Amadeo; sobre los padecimientos de María hay todavía una cosa más grande y más admirable, y es la fortaleza con que los sufrió. ¡Cáliz misterioso de aflicciones, más amargo que la muerte! Sin embargo, María lo acerca á sus labios con una fortaleza invencible y lo bebe hasta las heces. Una Mujer sostenida por la gracia pudo sufrir sola lo que todos los hombres unidos no hubieran podido sufrir; Ella triunfó de la flaqueza de su sexo. La Mujer venció al hombre, y se elevó por su valor sobre la humanidad entera, así como su dolor fué superior á todo cuanto la humanidad puede sufrir (3).

La Historia sagrada nos ofrece en la valiente madre

(1) Parum est Mariam in passione Filii tam acerbos dolores pertulisse, ut omnium martyrum collective tormenta superaret. (*S. Ildefons.*)

(2) Quidquid crudelitatis inflictum corporibus martirum leve fuit, aut potius nihil in comparatione tuæ passionis. (*S. Anselm.*)

(3) Hausit poculum amarius ipsa morte; et quod hominum genus ferre non posset, adjuta divino munere femina valuit sustinere. Vicit sexum, vicit hominem, et passa est ultra humanitatem. (*S. Amad.*)